

Carnaval y humor andinos

*Alejandro Ortiz Rescaniere**

Quería conocer Puno, el puerto del lago Titicaca, a cuatro mil metros de altura. Cerca de la estación del tren unos obreros terminaban de pintar un anuncio sobre un muro: "Prohibido jugar con piedras. Severas multas. La municipalidad. Enero de 1961". El tumulto de mercachifles, cargadores, viajeros, policías, empleados de tren era el acostumbrado. En la calle, los transeúntes se saludaban de una acera a otra y estaban más borrachos que sobrios. Puno era (por entonces más que ahora) una ciudad de señores, mestizos, aymaras y quechuas. Todos estaban mezclados pero se esforzaban por conservar las diferencias, una sutil dialéctica entre signos que marcan distancias y otros que las anulan, un juego que se expresa a través de múltiples medios: el idioma, el trabajo y las alianzas, las mutuas dependencias, el vestido, el trato, los gestos cotidianos. La euforia comunicativa que encontré en la calle no parecía la habitual. Nos abordaban con buen humor y confianza, pero ante tal exceso había una cierta violencia. Pensé que sería así porque tal comportamiento entrañaba un quebrantamiento voluntario de las diferencias sociales. En verdad, no se trataba de una revolución, sino de una fiesta.

Celebraban a la patrona de Puno, la Virgen de la Candelaria. Según me contaron, en la Conquista, los españoles se encontraban sitiados en Puno. Un cura sacó la imagen de la Virgen. Su luz encegueció a los indios y los dispersó. Ahora es ella la que preside la principal fiesta de los aymaras y quechuas de Puno. Unas semanas después, viene la semana de carnaval. Durante fiesta de la Candelaria, los quechuas y aymaras —también los demás vecinos— se embriagaban y danzaban con sus mejores trajes y disfraces. Uno entraba en una cantina y se encontraba con un arcángel ebrio, los rubios cabellos desgredados, que brindaba con un demonio cuya cara de yeso reposaba sobre la ba-

rra; lloraban, pues habían logrado reconciliarse, por primera vez, después del incidente del Paraíso. En el banco de un parque una diablaza se dejaba acariciar por un guerrero inca. Todos los tiempos, los espacios, las encarnaciones de las ideas fraternizaban en Puno. Me dijeron que por entonces los diablos invaden los predios del padre y señor del orden; que andan sueltos por calles y plazas, sembrando trastornos en las cosas y en las almas. Un anciano aymara me explicó que las huestes del Supay —o demonio— y las de su hijo, Jesucristo, festejaban porque sus fuerzas y sus tiempos se habían “nivelado” haciendo posible que este mundo sea como un campo de juego entre ambos bandos (y no como el mundo de antes, que fue un tedio de pura bondad).¹ A ese desbarajuste social y hasta cósmico, le sucedía la semana de Carnaval que estaba organizada por los señores y mestizos: bailes de salón, comparsas galanas, templanza y un cierto estilo anticuado (pero la gente me advirtió que no me dejara llevar por las apariencias, que el desenfreno era igual que el “popular”, pero más discreto). Este fue mi primer Carnaval andino. Dos años después, participé en otro y de manera más activa. Fue en Vicus, una comunidad monolingüe quechua, al pie de unos soberbios glaciares.

Es común que la gente del lugar se vista con unos trajes tradicionales vistosos y elegantes. Si una moza se cruzaba en el camino conmigo, evitaba mirarme, apretaba el paso y hasta se cubría el rostro con la montera. Por cierto, no respondía a mi saludo. Yo tenía veinte años y ella estaba casadera. Luego de las navidades noté que las mozas se mostraban menos huidizas. Una me respondió el saludo y corrió. Otra no contestó ni se detuvo, pero me miró de frente y me brindó una sonrisa encantadora.

Conforme el tiempo pasaba, las mozas parecían menos tímidas. Cierta vez, unos jóvenes me invitaron a una cabalgata a la puna en las altiplanicies de Vicus. Hubo una corta lluvia que caía en diagonal a través de un cielo azul y diáfano. Alguien señaló el fenómeno y exclamó “¡Carnaval!”. A la hora de la pascana —o refrigerio—, uno de ellos me habló: “Alejandro, no debes de andar solo”. “¿Por qué?” “No son tiempos buenos. Si te encuentran solo, las mujeres te pueden lanzar piedras o te tumban en el suelo y te pegan con la fruta de la patata. Ahora nosotros caminamos en grupo; te queremos invitar para que pases los carnavales con nosotros, porque ellas también forman bandas. Otros hacen lo mismo”. Agregó que si uno llega a divertirse a solas con alguna chica, debe hacerlo bajo la guardia de su pandilla. Y así fue. Mis amigos

1 Este relato fue publicado en ORTIZ Rescaniere, Alejandro: *De Adaneva a Inkarrí. Una visión indígena del Perú*. Lima: Retablo de Papel, 1973.

tenían razón y me salvaron de alguna situación difícil. Eran batallas entre emocionantes y divertidas: caminatas que se transformaban en cadenas de danzantes tomados de la mano, cantos con estribillos, insultos, requiebros y piedras. A veces terminaban en una persecución particular, seguida de una inquieta vigilancia. Había una agresión masculina que me parecía muy refinada: consistía en dar con la punta del poncho un topetazo o roce a la enemiga de paso.

Pero también había enemigos. No toda banda masculina con la cual uno se encontraba era pacífica. Nos mirábamos con desconfianza y hasta hubo una vez en que luchamos entre dos grupos conformados por varias bandas. El campo de batalla fue en casi todos los matorrales del valle de Vicus. Duró desde la media mañana hasta el crepúsculo. Marchábamos a la lucha cantando unos insultos contra los enemigos. Tomamos a un prisionero; y mis amigos lo devolvieron a su casa, pero sus padres tuvieron que pagar el rescate con una ronda de chicha. Al final de la batalla, contamos entre los nuestros dos contusos. Años después, me enteré de que de estas luchas surgieron o se profundizaron enemistades, alianzas y amores.

Paralelos a esos juegos de guerra, los adultos tenían una suerte de equivalente. Hubo varias denuncias de robos. Una señora abandonó su familia y fugó con un vecino a la capital del departamento. Cuando se embriagaban los adultos, se insultaban y hasta se golpeaban. Dos hombres se agarraban a puñadas y sus respectivas mujeres se insultaban a la par que defendían a sus maridos. Los hijos de ambos hacían otro tanto. Había otras diversiones para adultos: comparsas, pasacalles, bailes, hombres que se disfrazaban de mujer y jugaban a tal; finalmente, el martes de carnaval se quemó un castillo en forma de toro.

Hasta acá mis recuerdos. Ahora daré algunos datos y apreciaciones sobre ese tiempo festivo y sobre el humor que expresa.

En la época de carnaval, las lluvias se toman inconstantes. Son violentas y cortas. Estos chaparrones provocan torrenceras, los ríos se cargan de “sangre” y los tiernos sembríos peligran. Los cantos propios de carnaval comparan esos temporales con las pasiones de entonces. Son cantos vivaces, de contrapunto y desafío, de exaltación y de muerte. Se les conoce con los nombres de “carnavales” y de *huifala* (*huifala* también es una exclamación de reto). Las comarcas y pueblos tienen su propio repertorio y tonada. Y cada año estos se distinguen por las modas y las bandas, por alguna letra o estribillo. Así, a lo lejos, el lugareño sabe que en tal pueblo o barrio hay una batalla o están bailando. Desde lo alto de las montañas, el viento entremezcla los ritmos de las comunidades. He aquí las traducciones de dos carnavales:

Canción de carnaval²

Con el viento he llegado
Con la lluvia he venido.
Con el granizo entro al pueblo
¡Cantando!
Con la lluvia y con el viento.

Jakallito.
Pretencioso, haragán.
Sobre las rocas gritas todo el día
¡Jju! ¡Ajau!
Todo el día
Perturbando a la gente.
Jakalliro.

¿Qué tanto me preguntas
De dónde vengo, de dónde soy?
Mira esa huerta en la ladera.
Allí he nacido.
Entre rosas y clavelinas
Y entre flores he vivido.

Me miras con disimulo
Desde los pies hasta el sombrero.
En el pueblo todos saben
Que te he abrochado el corpiño.
Todos saben nuestra vida.
Mírame bien, no disimules.

Martes Carnavales,
Quiero preguntarte
Por dónde ya viene el Dios Cuaresmero.

Si estará cerca, si estará lejos,
Por dónde ya viene el Dios Cuaresmero.
Martes Carnavales,
Quiero bailar todavía.

Con el viento he llegado,
Con la lluvia he venido,

2 Tomado de José María Arguedas. "Canciones y cuentos del pueblo quechua". Lima: Huascarán. 1949. La traducción es de dicho autor. El origen de la canción no es precisado. Arguedas se limita a decir que es de la sierra sur peruana, "de los valles templados" (quechuas).

Con el granizo entro al pueblo
 ¡Cantando!
 Con la lluvia y con el viento.

El *hakhaillo* (*colapes puna*), en el castellano local, es conocido con otro nombre quechua, *pito*. Es un pájaro propio de las altiplanicies. Se cree que es el ave que engañó a Dios. Como tenía un hermoso plumaje, Dios la envió para que los hombres tuviesen una serie de buenas cualidades; el *hakhaillo*, cambió la orden; en lugar de decir a los primeros hombres “Tendrán dientes de acero”, comunicó “Dios ordena que tengan dientes de maíz”; por eso hoy es un ave gris que hace su nido en las rocas y no en los árboles, y su canto precede los temporales. En otras variantes de este mito, el *hakhaillo* de las alturas es reemplazado en esa misión por el *chiguaco* (*turdus sp.*), un pajarillo de los climas templados de los valles andinos. Por su engaño, hoy es un ave sarnosa y sufre de un apetito insaciable. El *chiguaco* es comido por la sarna y muere de hambre; en cambio, la carne del *hakhaillo* es alimento para el hombre. En el carnaval que acabamos de recitar, el que canta se compara con el granizo y la lluvia que llega al pueblo. Que un joven soltero “Ilegue al pueblo” y lo anuncie es una alusión a su búsqueda de amor... que se conquista mediante la “guerra” y la “muerte”; en cambio, el pájaro *hakhaillo* o *pito* representa el rival del o de los que cantan; y la persona que lo o los desea representa al espía que ataca o que ama. Enemigo o enamorada, será comido como lo es el *hakhaillo*.

Carnaval de Tambobamba (Apurímac)³

A un joven tambobambino
 El río de sangre lo arrastra;
 A él no se le ve, sólo su tinya flota en la corriente
 Solo su quena flota
 Solo su charango flota en la corriente
 A él no se le ve, sólo su birrete flota en la corriente.

La muchacha que él amaba
 Llorando llora, ya no más,
 La mujer que él amaba
 Sólo el sufrimiento sufre, no más,

3 Tomado de José María Arguedas, “El sueño del pongo y canciones quechuas tradicionales”. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1969. La traducción al castellano es del autor. Como en el carnaval anterior, el autor no indica quiénes lo cantan. Por el tema y por el ritmo de la música, podría ser un lamento de las mujeres por la derrota de uno de los suyos.

Viendo flotar solo la tinya
Viendo flotar solo el charango
Viendo flotar solo la quena
Viendo flotar solo el birrete.

Un cóndor da vueltas en la altura
Buscando al joven tambobambino:
No lo encontrará nunca.
El río de sangre lo sepultó:
No lo encontrará jamás
El río de sangre lo arrastró.⁴

En esta *huifala*, el rival es el cóndor. En los cuentos, el cóndor es un joven apuesto que rapta a una muchacha y la somete a una convivencia salvaje. En este canto, el cóndor parece haber vencido sobre su rival, que es arrastrado por “el río de sangre”.

El aguacero, los ríos tumultuosos, las pasiones, están relacionados con el tiempo de carnaval y con el ciclo agrario y humano:

1. Entre enero y marzo, la mayor parte de los campos germina en los Andes. Se espera con inquietud y esperanza que las mieses, las tiernas plantas, no sean arrasadas por los temporales. Los quechuas relacionan la germinación con la “muerte” de las semillas y con sus propios muertos.
2. Es un tiempo de relativa escasez. Las reservas de la cosecha grande de la campaña del año anterior son exiguas. En cambio, el ganado y los mamíferos silvestres sí tienen abundante pasto. También es la mejor época de los alimentos silvestres: las cetas, los champiñones y las algas de las lagunas. Es un tiempo percibido como salvaje.
3. Entre navidad y carnaval se llevan a cabo unas luchas rituales entre bandos e individuos. Esto ocurre en diciembre y enero. A veces se le asocia con las festividades navideñas; otras, con la delimitación de las propiedades entre comunas. En carnavales también se forman pandillas organizadas por género. Los jóvenes suelen ser los principales “guerreros”. Las mozas y familiares de los que luchan pueden participar. En algunos lugares, solteros y casados, aun los niños, participan en estos combates. Es la

4 El estribillo y exclamación *¡huifala!*, según las regiones, es reemplazado por *¡Pukllay!*, que quiere decir: “¡juega!” (pero en un sentido de competencia y enfrentamiento). Hay un conocido carnaval en castellano cuyo estribillo dice “¡Juguemos, hasta que reviente agua colorada!” Esta agua colorada parece evocar la “sangre” de los ríos y de los luchadores en pos del amor.

ocasión para que los solteros encuentren “amiga” o pongan a prueba sus lazos sentimentales. Pero también es la ocasión para que los casados tengan una aventura extraconyugal o para que entre vecinos salden cuentas y tensiones acumuladas durante el año. Las luchas más frecuentes se dan entre aldeas, barrios y comarcas, que intercambian mujeres. La muerte, la sangre derramada de los combatientes, es un buen augurio para la campaña agrícola que recién empieza.

4. Es, pues, un periodo considerado peligroso: los alimentos “civilizados” son escasos, los jóvenes tumultuosos pueden morir, la fidelidad de las parejas es puesta a prueba, los sembríos están en un momento delicado.

El estado anímico del periodo que va desde navidad hasta el Martes de Carnaval, esa peculiar combinación de excitación sensual, de diversión y de violencia podría ser mejor comprendida si realizamos una exploración de los rasgos más saltantes del humor de los campesinos andinos y de sus vecinos, los nativos amazónico occidentales.

1. UN HUMOR CAMBIANTE E INTENSO

A menudo he tenido la sensación de no poder seguir los movimientos de ánimo de los amazónicos y de los andinos, no tanto porque no conozca los códigos y maneras del “humor”, sino porque son más cambiantes y extremos que los míos. Esta es una primera dificultad y no es poca cosa. Bebo con un arriero un litro de cerveza. Al segundo vaso, la ligera embriaguez le da una chispa a la que yo tengo acceso recién a la cuarta caña. En los Andes y en la selva amazónica se ríe y se llora con gran facilidad, cambio de carácter que el forastero confunde a veces con espíritu voluble y falsedad (no en vano los viejos criollos decían, refiriéndose al carácter de los andinos: “Cielito serrano, lágrimas de mujer no son de creer”). Llanto y carcajadas, burlas y quejas toman unas proporciones descomunales —al menos para nuestro gusto—. Y pasan tan rápido como vinieron. De esta manera, percibo inicialmente el temperamento cambiante.

2. LA SONRISA AMAZÓNICA

Como si fuese un contrapeso a ese tono general, hay una etiqueta de la vida cotidiana que recomienda una medida del carácter, la preeminencia de un fino buen humor y evitar los arrebatos, en especial, los de mal genio. Esto, que podríamos llamar etiqueta —por la impresión de formalidad que da al observa-

dor—. es más notorio en los pueblos amazónicos. Los tucano son una sociedad sonriente. Para ellos nuestra expresión seria o neutra es de mal gusto, pues parece expresar preocupación o desagrado, que son sentimientos que no se deben mostrar en la vida cotidiana y pública. El pueblo conformado por unas doce familias habita en una sola casa comunal. Entre los hogares hay una relación de parentesco dominante: los esposos son hermanos o primos paralelos. Es una sociedad virilocal y pequeña, con lazos personales estrechos y próximos. No hay acumulación de riqueza. Cada cual produce lo necesario para su hogar y, ocasionalmente, para alguna labor que requiera del concurso de un conjunto mayor. Hay un jefe. No manda, pero tiene prestigio —en razón de su ubicación en la red de parentesco y de su carácter—. Presenta iniciativas a los demás. Es llamado el dueño de la casa y de la balsa comunal. Su función crucial es la de mantener la armonía entre los miembros de la casa, que se manifiesta por el buen tono de humor general por esa etiqueta de la sonrisa. Cuando un *secoya* llega a un pueblo cuyas casa están descuidadas y el patio sucio, pensará que ahí algo falla en la armonía; pensará “No están contentos” y sentirá que en ese pueblo, la sonrisa esconde amargura. El huerto de yucas es cultivado por la mujer. Uno de los huertos tiene una plaga de gusanos negros. Mala señal. Se dice que el clítoris de una mujer origina esos gusanos cuando no le satisfacen las atenciones de su marido. En el desayuno, si la torta de yuca que sale del fogón está immaculada, olorosa y crocante, es señal de que la mujer la pasó bien con su marido. Él la trata bien, le trae buenas piezas de caza, es un padre cariñoso con sus hijos. Sonríe a todos, está contento. La sonrisa es una manifestación y un estímulo. A más sonrisa, mejor ánimo, más concordia y también más prestigio. Si la mujer no está contenta, cultiva mal, se marcha al pueblo de sus hermanos, abandona a su marido o sale él tras sus pasos. El marido sintió que uno de sus hermanos no fue cortés con él o con uno de sus hijos y eso lo pone, francamente, de mal humor. Según el grado de su enfado, se marchará con su familia por un rato, por todo el día o por mucho tiempo, porque el mal humor no se muestra a terceros. Es algo vergonzante: una confesión de fracaso, de la persona y de todo el grupo.

3. LA DULZURA QUECHUA

Los quechuas no tienen esa etiqueta de la sonrisa constante. Pero, en cambio, se perciben como su nombre. Quechua es el valle templado de los Andes; también, la altura ideal, los tres mil metros de altura, donde los cultivos prosperan juntos: el maíz de los climas más cálidos y los tubérculos que se cultivan hasta más allá de los cuatro mil metros de altura. Quechua es la región al

norte del Cuzco que los incas decían que tenía el paisaje más ameno y armonioso y cuya gente hablaba más dulce la lengua quechua. El término mismo evoca todo eso: lo templado y tierno, el suave hablar y la gentileza. A los aymaras los encuentran demasiado ásperos, porque habitan climas extremadamente fríos; y a los costeños, flojos e indolentes. Ellos, en cambio, son como su clima, su lengua y la altura de sus aldeas. Son menos sonrientes que los secoyas, pero están convencidos de la dulzura de su lengua, de sus canciones y de su comportamiento cotidiano.

4. LA DEMOSTRACIÓN DE LOS AFECTOS

Los individuos andinos no son proclives a las demostraciones efusivas de afecto en público. Cuanto más privada es la circunstancia, más afable es la relación. En la calle, aun ante otros parientes, los esposos no se hacen gestos visibles de cariño. Los novios se aman, lloran, ríen lejos de la vista de terceros. Una pareja nunca se toca ni se toma de la mano en público. Los jóvenes amigos, los niños en la calle son, en ese sentido, más espontáneos. Los afectos se expresan de preferencia en la intimidad. En una familia, el cariño ha de mostrarse con los gestos y los hechos antes que con las palabras: la madre cocina; el padre, a sus pies, la contempla satisfecho; los niños juegan y se divierten con él. Luego cenan en cuclillas, sus cuerpos muy cerrados unos con otros; ninguna actitud se escapa, ninguna sonrisa o broma. La madre ha hecho una buena sopa, porque ella quiere a los suyos; y ellos, mientras la toman, lo saben y se lo agradecen con la mirada. El padre regresa de viaje: le fue bien en el negocio; ha traído abarrotos para la tienda porque él quiere a los suyos y ellos así lo entienden.

5. EL EMPLEO FRECUENTE DEL DOBLE SENTIDO

La demostración social y comedida de los afectos entre individuos va bien con un modo notable de manifestar el humor entre los amazónicos y, sobre todo, entre los andinos. Están comiendo en una posada de arrieros. Llega un pastor; está solo y es, al parecer, soltero. Pide a la moza que le traiga sopa. Lo dice en quechua. Esa sopa cremosa se llama en quechua, *chupi*. Los arrieros sonríen mirando a la camarera y al pastor; la muchacha, enfadada, demora en enviarle la sopa con un hermano menor. Los arrieros comentan entre ellos pero con la intención de que escuche el pastor: “El pájaro que no come no vuela”. Y todos estallan en risas (menos los dos aludidos). Y es que *chupi* es una mazamorra pero también es el nombre de la parte externa del sexo de una

doncella. El que un soltero pidiera *chupi* a una joven fue interpretado de manera maliciosa. Para referirse al muchacho usaron la palabra *pisqo*, que significa pájaro. Este es el término genérico para toda ave, pero también, para indicar una en especial, que dicen que tiene hermosos colores y que no es sociable. Con ese nombre también se designa el sexo del hombre, pero en su aspecto atractivo. El empleo de estos dos términos sirvió para que unos comentarios fueran graciosos, porque jugaron con la ambivalencia, el disimulo. Fue un discurso en el que se insinuó una confusión de términos culinarios, sexuales, humanos y animales. Los términos de los léxicos andino y amazónico suelen tener más de un significado. Al combinar pocas palabras o pocas raíces, se puede tener una cantidad infinita de expresiones. Se pueden decir las ideas con gran precisión, pero también son lenguas amigas de las metáforas, de los sentidos subyacentes y del juego de palabras. Y algo más. El estado de ánimo del que habla, su posición con respecto a lo que se afirma, debe manifestarse. Esa es la regla de la lengua. En quechua es ridículo decir “Llueve” o “Cristóbal Colón descubrió la América”, porque, de ese modo, no se dice si la lluvia es agradable o no, si parece buena, agresiva, etc. Entonces, no “llueve” simplemente, sino, por ejemplo, “Esta lluvia alegra mi huerto”. Por eso, a los quechuas, el castellano les parece una lengua seria y desabrida. Y ¿cómo se va a afirmar, así, a secas, que Cristóbal Colón descubrió la América si eso no fue visto? Se debe decir “Dicen los libros que ese don Cristóbal Colón —no se hijo de quien sería— llegó al sitio que ahora llamamos América. Si está escrito en los libros, pienso que es por algo. Yo no sé. ¿Acaso tú estabas cuando él llegó?” En toda frase hay unos marcadores gracias a los cuales el hablante debe situar su persona y la de su interlocutor; su objetividad, su testimonio, sus afectos que deben definirse frente a lo que se dice. De lo contrario, las palabras son como espectros, sin humor ni sustancia.

6. LOS POLOS DEL HUMOR

El estilo afectivo público tolera un cierto tono de disputa, de polémica y competencia entre esposos, hermanos y vecinos. Pero este estilo no debe entenderse como una manifestación indiscreta de los afectos. Cuando esto ocurre, y suele ser con bastante frecuencia, en especial entre los andinos, estas expresiones tienden a ser más violentas que las simples querellas de dos personas en la calle o de los esposos ante los hijos. La maledicencia, la burla, los insultos y las golpizas aparecen como una tormenta para desaparecer con la misma rapidez. La mayoría de las veces, estas rupturas de la cordura se dan en cir-

cunstances especiales: fiestas, borracheras, ceremonias y algunas otras que cortan el ritmo de lo cotidiano.

- a) Tanto en la selva como en los Andes, las ceremonias y fiestas siguen un cierto patrón de humor. Empiezan con discreción, formalidad y solemnidad. Poco a poco, el entusiasmo y el buen humor se apodera de todos, al mismo tiempo que la informalidad se abre paso. Y termina en un frenesí, en un desorden, de penas y alegrías, de agresiones y amores.
- b) La parentela cosecha en el campo de uno de los suyos. Los hombres en hilera, hombro a hombro, cantan en coro mientras quiebran los surcos. Las mujeres levantan las matas preñadas de raíces. Los hombres compiten con las mujeres; hay chanzas para decidir quién trabaja mejor. De manera más discreta, los hombres compiten entre sí; las mujeres, también. Al principio, lo hacen con solemnidad; luego la competición se torna más graciosa e intensa. Hay agresiones ceremoniosas: una golpiza de las mujeres contra el hombre que desenterró una mata con una patata gigante. De regreso a casa, algunos de los hombres que participaron en esa cosecha se detienen en una cantina. Hay competencia por invitar una bebida; cada cual piensa o quiere mostrar que es el más generoso. Luego, se guapean para decidir quién bebe o parece beber más que los demás y tiene “mejor cabeza”. De los convites amables, pasan al entusiasmo para terminar en explosiones de insultos, llantos y abrazos. Si los que se agraviaron son dos parientes muy próximos (padre e hijo, hermanos, dos cuñados) deberán pedirse perdón al día siguiente. La ceremonia del pedido de perdón puede motivar otra efusión de sentimientos.
- c) Pero los síntomas de los sentimientos finales están precedidos de una tensión solemne, propia de los momentos más formales. Mi mujer y yo fuimos padrinos en Isua, un pueblo quechua. Durante la primera semana previa al bautismo, debíamos hacer unas visitas con nuestros futuros compadres a casa de cada uno de sus parientes. Duraban poco; nos presentaban; nos hacían pasar al patio y sentamos en un largo poyo cubierto de pellejos de oveja y de mantas. Frente a nosotros había una pequeña mesa. Los dueños de casa se retiraban. Luego venía algún pariente menor y colocaba un pequeño molde de queso, un tiesto con maíz tostado, otro con salsa picante. Nos invitaba a servirnos y se retiraba de inmediato. El patio estaba sin los habituales niños y ancianos. Un silencio que, ahora sé, tenía el propósito de darnos un clima de intimidad acogedora. Apenas podíamos probar aquellas golosinas, pues las visitas se sucedían a lo largo del día y eran del

mismo tenor (casi todo el pueblo era pariente de nuestros compadres). Tampoco había que ofrecernos un abundante banquete, porque habría sido interpretado como un exceso y una falta de delicadeza. Podríamos haber comentado “¿Acaso hemos venido para alimentarnos? Los compadres forasteros ahora tienen nuestra casa. Nosotros les damos lo que necesitan”. El bautismo sería el día central de la fiesta patronal. El día anterior se quemó un castillo. Parecía que los fuegos eran en honor de los niños. En la mañana de la víspera, llegó el cura. Fue un gran revuelo y una interminable sucesión de señoras que acudían a la parroquia con una gallina, un saco de maíz o queso para el “señor cura”. En la noche se abrió la pequeña iglesia. Mientras algunas damas barrían el piso y unos señores sacudían el polvo de los altares e imágenes, los niños revoloteaban por todas partes, curiosos, pero no gritaban, pues estaban en un lugar santo. En la mañana fue el bautismo. Las madres sacan a sus pequeños de las espaldas y, por primera vez, los muestran en la calle a la gente. Los compadres y los niños moros son presentados en público. En el atrio de la iglesia, los padres entregan sus hijos a los compadres. Así entramos a la iglesia: yo con el pequeño en brazos y la madrina, al lado, ilumina el acto con un cirio. Los padres se quedaron en la puerta. No se atrevían a acercarse: “Les encargamos a nuestro hijo. Tráiganlo cristiano” —nos dijeron en un quechua cuidadoso y pulcro. Así lo hicimos. En la puerta de la iglesia hubo fotos y felicitaciones. Luego, todo el pueblo llenó la iglesia hasta las afueras de la plaza. El sacerdote era aún joven, pero dijo la misa en latín, aunque mirando a los creyentes. Dio el sermón en quechua con el acento de los señores de Huamanga. Cuando llegó el momento de la consagración, al elevar el pan noté que lloraba a lágrima viva. Y para mi asombro, muchos feligreses gimieron, otros lloraban o tenían el rostro desencajado: “Dios está con nosotros”. Ese debía ser el pensamiento de aquella gente; no me explico de otro modo tanta emoción. Pero cuando salió la procesión con la Virgen y patrona del pueblo, toda la plaza fue presa de algo similar. Por un instante, todos parecieron paralizados ante la imagen. Algunos ancianos lloraban y hasta los niños cesaron por un instante de revolotear entre los mayores. Cuando se atrevían a mirar a la Virgen, gemían como exclamando “Pero si es tan bella”. La atmósfera era tensa: una viva emoción enmarcada y resaltada por una compostura solemne. Después del oficio y de la procesión, en los días sucesivos, las celebraciones de la fiesta patronal y del bautismo siguieron su curso hacia la informalidad y la manifestación abierta e intensa de los sentimientos —bromas, banquete, bailes, convites, borracheras, juramentos y trompadas.

d) Cada uno de esos momentos rituales es vivido con intensidad, como si

fuera lo único real y definitivo. El amor y el odio andino o amazónico son deslumbrantes como un relámpago porque parece ser eterno cuando dura un instante.

7. EL RIDÍCULO

La vergüenza es una enfermedad. Ser presa de un sentimiento de vergüenza es cosa grave, para andinos y amazónicos. Y el tratamiento es más delicado y el pronóstico reservado, cuanto más haya sido la vergüenza por la que haya pasado la víctima. Nadie quiere hacer el ridículo ni caer (ni que lo hagan caer en él) porque quien es víctima del ridículo, enferma de vergüenza. Como la gente se place con el mal ajeno, el que menos no pierde ocasión de convertir al próximo en víctima de la burla y de la risa de los demás. Toda persona tiene un apodo que lo ridiculiza; y toda aldea tiene el suyo. Así el andino se la pasa burlándose de los demás: lo hace para jugar o tomar el pelo o para criticar a su víctima hasta enfermarla. Este es un juego que se gana y pierde a cada instante. Es un mal momento para uno, risa para otros; se trata de una enfermedad común, a veces, una epidemia porque uno puede burlarse de un pueblo entero, de una manera social común de ser y la risa casi nunca es inofensiva.

8. LA PARODIA

Estas burlas globales (o sociológicas) tienen una expresión en las fiestas. Tontos y gentiles parecen los pastores que confunden la novia con la vaquillona, comerciantes avaros hasta la estupidez, cortesanos borbónicos empolvados y afeminados, policías glotones y ávidos del bien ajeno, arcángeles presuntuosos, demonios inocentes, muchachos que ayer fueron labradores y ahora fingen las maneras y los gustos de la televisión..., las batallas de ayer son escenificadas y triunfan los que perdieron. Todo ese teatro de la plaza es representado y aplaudido por unos aldeanos ávidos de risa, no siempre inocente. La parodia reina en carnavales.

9. LA IMITACIÓN Y EL MIMETISMO

Se imita para mofarse del otro, pero también para ser como el otro. Es notable la afición que llega al mimetismo, a eso que ciertos educadores de izquierda llamaban "enajenación". El andino es un experto en la materia. Practica un arte serio que no implica un movimiento notable del humor. Pero, si el hom-

bre es realmente refinado. se acerca a lo burlesco sin llegar al ridículo. Es como un toque de graciosa elegancia. Daré unos ejemplos:

- a) Los recién casados caminan por el corredor de la iglesia, sonrían a los asistentes: una parentela de ganaderos y de agricultores aymaras. Todos están vestidos y engalanados a la usanza local, salvo el novio. Él lleva un traje oscuro, camisa blanca y corbata. Y algo, por entonces, totalmente insólito, lleva unas pequeñas gafas, redondas y muy oscuras, copia fiel de una estampa de almanaque que adorna la comisaría de la provincia. Esto es un contraste o una alusión a un capitalismo maravilloso y sagrado. El novio ve y es visto a través de esa promesa. Tiene encanto personal y un hálito de poder y de riqueza.
- b) El padre tiene un apellido castellano; la madre, uno quechua. Al hijo le ponen un nombre en inglés. Así, se llamará John González Chuquitaype. Toda una alegoría al ecumenismo cultural y al deseo de que los hijos sean gringos, como antes quisieron ser españoles y antes, incas. Es un cóctel de nombres que para los peruanos más educados parece ridículo. Pero para ellos no lo es: los padres expresan con esa mezcla el deseo de que el hijo sea un experto en mimetismo y un cosmopolita.

Pero la imitación entraña un grave riesgo. Una falla y se cae en el ridículo, en esa fuente de graves sufrimientos. Por eso, si se quiere conservar la salud, ha de cultivarse con seriedad el arte mayor de los andinos, la imitación (se usa una máscara como alegoría, como farsa voluntaria, o se la emplea de tal modo que se crea que es el verdadero rostro de uno, o se vive de manera convincente el personaje que se encarna en el momento).

10. LA GRACIA DE LA MENTIRA NO DESCUBIERTA

Menos que un arte, la gracia es una prueba de ingenio personal. Y es un deporte, también un arma. El quechua y los peruanos, en general, somos mentirosos compulsivos. Mentimos todo el tiempo. Si uno va al cine dice que ha ido al club; si así ha sido, dice lo contrario. También se recurre a ella para no decir una verdad fastidiosa o para que uno quede bien y sacar algún provecho. Existen desde pequeñas mentiras hasta fabulaciones. Si no se descubre, no es una falta. El que es puesto en evidencia es un mentiroso, un despreciable. Lo que pasa por verdad sirve para múltiples usos y es, en principio, una virtud que hace la vida más agradable y llevadera. El diestro y justo mentiroso, en-

gaña a los enemigos, a los malvados, entretiene a los suyos y mejora su posición personal; y nadie lo sabe, porque es un don que no se revela.⁵

11. EL SENTIDO LÚDICO DE LA VIDA

Entre los andinos y amazónicos no hay una oposición tajante entre las nociones de trabajo y juego. Los niños aprenden a trabajar mediante el juego y el adulto conserva algo de esos inicios, cuando ambas actividades eran una sola. En el trabajo hay un marcado gusto por la improvisación, la sorpresa y la competencia. Por otro lado, al menos entre los andinos, el ocio es considerado como un grave defecto. Siempre hay que estar ocupado, realizando algo que sea de alguna utilidad lúdica y económica: se sacan los frutos de la tierra y se compite con los demás labriegos, se gana en el mercado y se compite, la feria sirve para vender y para burlarse, se descansa mientras la mujer hila y el marido entretiene a los niños. El ocio andino y amazónico son una suerte de decaimiento, una parálisis, un no querer hacer nada o es un disfrute egoísta en cama, solo o con una compañía cómplice. Es causa o efecto del malhumor o de problemas familiares. Es una señal de alarma. No se cura al ocioso; por el contrario se le castiga, con el rumor y el aislamiento, porque no es una enfermedad sino un pecado. Así que hay que mantenerse activo, trabajar, que es como un juego.

Cuando el campesino hace una representación burlesca, toma muy en serio su juego y, cuando cultiva, se divierte. Las discusiones recurren a figuras graciosas, a juegos de palabras, de ideas, y se compite y se gana en habilidad retórica. Las quejas pueden ser burlas; el llanto, una dramatización; el chiste, un insulto; la transacción comercial, una propuesta amorosa. Es difícil saber cuándo habla en serio o en broma el andino (por cierto, este carácter, tiende a ser no solo quechua, sino peruano). Para el hombre del Ande, no hay que tomarnos al pie de la letra. En las fábulas indias, el animal que engaña, gana. Los andinos sienten que esa manera de ser da una ventaja sobre los demás (gringos y no quechuas son tontos y hay que sacarles provecho, porque para ellos las cosas son como se muestran. Estas cualidades andinas tienen una dimensión éti-

5 La humanidad es como es gracias a un mentiroso, el zorzal. En el momento de la creación, Dios envió esta avecilla para que comunicase a los hombres que tendrían dientes de acero; pero el ave mensajera engañó a los hombres: "Dice Dios que tendréis dientes de maíz". Por eso nuestros dientes son frágiles. Dios le encargó que nos avisara que comeríamos una vez cada tres días. El zorzal nos comunicó que Dios había dispuesto que comiéramos tres veces por jornada. Y así, en cada mentira, la humanidad fue tomando la forma y el ser que tiene. Dios tomó al zorzal como mensajero pues era una ave hermosa. Pero por su mentira parece gris y siempre está con hambre.

co-moral: el que finge y miente sin gracia para fines egoístas es un embustero y el que es descubierta es un farsante, un mentiroso.

Una salvedad: cuanto más personal e íntima es una relación, más llana es. Los esposos, la madre y el hijo, en la soledad, tienden a recurrir menos a los dobles sentidos y a los juegos de veracidad: inclusive la competencia lúdica se suaviza. Los rasgos que antes hemos descrito son más marcados en ámbitos más sociales, interpersonales y públicos.

* * *

Tales son, según mi experiencia, los aspectos principales del humor andino (y por añadidura, del amazónico y del popular peruanos). Desde navidad hasta el martes de carnaval hay una serie de fiestas, luchas, aventuras, que expresan ese carácter. Las personas toman conciencia de algunos de sus rasgos y se burlan de ellos o los hacen más evidentes. Y relacionan ese temperamento con las torrenceras de entonces, con la germinación de los campos, la escasez de los alimentos cultivados, la abundancia de los silvestres y hasta con una rebelión de diablillos (en la cual creen a medias y es motivo de comentarios jocosos). Así se conjuga el humor natural con el humano, las lluvias y los ríos tumultuosos con las pasiones de la gente; la revuelta cósmica con la rebeldía de los individuos contra el orden.

Aparte del tono anímico, y para resumir, estos son los rasgos más notables de los carnavales andinos:

1. Tienen una relación con la germinación de los campos, la muerte y el desborde de los campos y de los sentimientos.
2. Presentan luchas rituales. Dramatizan la combinación de esos valores y términos. Pero su función dominante, o más obvia, es la lucha de los jóvenes por conseguir pareja.
3. Provocan la proliferación de la parodia y de los disfraces. Recrean e ironizan la quiebra del orden.
4. Los cantos carnavalescos son comentarios de los temas de la fiesta. También sirven de himnos en los enfrentamientos.
5. En algunos lugares, las luchas rituales anteceden y se distinguen de los carnavales. Entonces, las funciones tienden a separarse. Por un lado, las ceremonias bélicas tienen como fin conseguir pareja y asegurar la siembra; por el otro, los carnavales provocan una parodia y un desborde social; así, separados de aquellas, recuerdan más a las fiestas europeas y a las de las ciudades hispanoamericanas.